

Pero los actos eran bien claros: un ligüero, Congi, fué nombrado jefe de ronda en reemplazo de Lorenzo Tetu; La Morliere, adjunto del Comité de los Seis, despojó á Rapin del prebostazgo del Palacio; otro fanático, La Bruyere hijo, teniente particular del Chatelet, usurpó el cargo de teniente civil; Bussy-Leclerc fué nombrado gobernador de la Bastilla y todos los capitanes de la milicia que el rey había instituído en 1585 fueron destituidos y reemplazados por hombres de condición inferior consagrados al partido en cuerpo y alma. París aceptó, bien que burlándose de ellos, á esos «capitanes del bacalao y del solomillo.»

El duque de Guisa obró de perfecto acuerdo con el Consejo director de la Liga y con la Municipalidad, la cual se puso en relación con las buenas ciudades, escribiendo á las gentes de Ruán, de Sens, de Troyes, de Chalóns, de Reims, de Mondidier y de Amiéns para invocar su ayuda, puesto que juntos reconocían «á un mismo Dios, una misma fe y á un mismo rey,» y justificando la sublevación de París por «el pernicioso Consejo del rey» que quiso «prostituir» á los buenos católicos para una sedición y saqueo de la ciudad. Con objeto de conservar los mercados en donde se aprovisionaba y el libre curso de las vías comerciales, recordaba á los habitantes de Sens que sus hijos hacían sus estudios en la capital: «Pensad también... en un depósito más querido que de vosotros tenemos en los colegios de esta ciudad, en donde no querréis negar á vuestros hijos lo que se os quiere, y persuadir á las demás ciudades de que nos nieguen por los viveres y otras comodidades con que, en todo tiempo, nos hemos socorrido mutuamente.»

La municipalidad tiene el convencimiento de que «según el comportamiento de París se comportarán las demás ciudades» y no les escatima consejos ni súplicas; apremia á las comunidades católicas para que envíen diputados al rey á fin de apoyar sus demandas y de formularle reclamaciones; amonesta á los habitantes de Melún por no haber recibido en su ciudad á Saint-Paul, emisario del duque de Guisa; envía á Montereau y á Corbeil un agente con el pretexto de que ayude á los ciudadanos, pero en realidad para guiarlos; escribe á los personajes más ilustres para atraérselos ó para darles las gracias; invita al duque de Nevers á que se una «con los príncipes católicos para lograr que prospere la reclamación por ellos dirigida á Su Majestad;» dirige el mismo ruego al señor de Villars, gobernador del Havre; y alaba el celo de Mayenne y del cardenal de Guisa. París, con ó sin rey, quiere conservar su categoría de capital.

El duque de Guisa, por su parte, también escribió, en 17 de mayo, á las buenas ciudades. Consideraba como una especie de milagro aquella jornada de las Barricadas, «toda resplandeciente de la infalible protección de Dios;» pero no se olvidaba de sí mismo y decía: los parisienses, «seguros de mi presencia, y de cierto orden que yo de pronto puse entre ellos, fueron espontáneamente á situarse y á levantar barricadas en todas partes.» Finalmente hablaba con desdén de la fuga de Enrique III, «veinticuatro horas después que yo habría podido arrestarlo mil veces si hubiese querido.»

Pero hasta en esa carta tan desenvuelta el vencedor

protestaba de su fidelidad al rey: era la consigna del partido. El ciudadano ligüero que ha dejado una *Relation des Barricades* («Relato de las barricadas») hace observar que Guisa arregló las cosas de tal manera que puede y debe esperarse una reconciliación entre el rey y él; y en efecto, el día de las barricadas no había habido violencias ni ultrajes irreparables. La Liga, aunque se fortificaba en París y trabajaba para atraerse á Francia, no creía su triunfo seguro más que logrando hacerse suyo nuevamente al rey y gobernar en su nombre, y por esto apoyaba todas las gestiones hechas para justificar ó disculpar á los parisienses por los sucesos del 12 y del 13 de mayo.

Las delegaciones del Parlamento, del Tribunal de los subsidios y del clero regular y secular se encaminaron á Chartres, en donde Enrique III había establecido provisionalmente su residencia. También fueron allí los capuchinos «á pie y descalzos,» con el propósito de representar al vivo la Pasión del Hombre-Dios y de exponer sus sufrimientos para hacer valer su misericordia; en aquel misterio, un Joyeuse, el ex conde de Bouchage, que en religión se llamaba hermano Angel, hacía el papel de Cristo y pasó agobiado bajo el peso de una cruz. El rey, sin embargo, no se dejó todavía enternecer.

La municipalidad no se atrevió, por prudencia, á enviar en comisión algunos de sus miembros y se contentó con asegurar por carta á Su Majestad su fidelidad inalterable: «En todo lo que ha sucedido en estos últimos días (los habitantes de París) no han tenido jamás voluntad ni intención de apartarse de la verdadera obediencia que los súbditos deben á su rey.» «Han lamentado vivamente que los instigadores de este pérfido consejo (la municipalidad creía que se había tramado un complot en la corte) hayan inducido á Vuestra Majestad á salir de esta ciudad, tanto más cuanto que con ello se les ha privado del medio de poder demostrar el efecto de su buena voluntad y los testimonios que querían darle de su obediencia.»

Bien es verdad que la municipalidad ponía á esta obediencia un precio muy elevado, puesto que exigía la destitución de D'Eperón y de su hermano, La Valette, como fautores de herejes y dilapidadores del Tesoro público y proponíase como mediadora y árbitra á Catalina de Médicis que por su odio á D'Eperón y por el deseo de desempeñar el primer papel era favorable á la idea de la reconciliación (1). El rey enviaría á Mayenne al Delfinado y él mismo se iría á Guiena, y durante este tiempo, la reina madre mantendrá «las cosas muy tranquilas y sabrá, como ha hecho antes en ocasión semejante, servirse de personas devotas al bien de vuestro Estado.» La instancia pedía, además, la destitución de d'O, gobernador de la isla de Francia, y la confirmación de la nueva municipalidad. La Liga amenazaba y ella rogaba; necesitaba intimidar á Enrique III sin exasperarle, y multiplicaba las protestas de

(1) El Sr. Conde Baguenault de Puchesse ha tenido la amabilidad de facilitarme las pruebas del tomo IX y último de las *Lettres de Catherine de Medicis*, 1586-1588. Se ve que la reina madre recomienda á su hijo que capitule sin tardanza: «Preferiría, escribía á Bellievre en 2 de junio, darle (al duque de Guisa) la lugartenencia... que estar anhelantes como estamos viendo al rey todavía peor.» (Tomo IX, pág. 368).

obediencia para traerlo nuevamente á París y las precauciones para ponerle en tutela. Y ciertamente no se había engañado en cuanto á la inconstancia y á la debilidad del monarca, quien respondió en el tono más suave á unos súbditos que tan alto hablaban, prometió su perdón, afirmó que no atentaría á las libertades de la ciudad y aseguró que respecto de D'Eperón y de La Valette demostraría que era «príncipe equitativo y recto» y que prefería «la utilidad pública de este reino á toda otra cosa.»

Para negociar con los príncipes envió á París primeramente á su médico Mirón y después al propio Villeroy, el más hábil de los secretarios de Estado y el más favorable á la unión de los católicos, el cual, junto con Catalina, logró que los jefes de la Liga formularan sus peticiones, á las que la municipalidad agregó las suyas; y aunque las exigencias fueron grandes, el rey cedió en casi todos los puntos y firmó en Ruán el Edicto de unión de todos sus súbditos católicos, que fué registrado en París en 21 de julio de 1588.

En él reiteraba Enrique III el juramento prestado en el acto de su coronación de desterrar del reino todas las herejías «sin hacer jamás paz ni tregua con los herejes;» ordenaba á sus súbditos que juraran que nunca aceptarían por rey á un príncipe que fuese hereje; declaraba criminales de lesa majestad á los que de entre ellos se negaran á «firmar la presente unión, y otorgaba una amnistía plena y entera, sin reserva ni restricción por todos los hechos ocurridos en los días 12 y 13 de mayo. Además, por medio de artículos especiales confirmaba las concesiones del tratado de Nemours; se comprometía á publicar el Concilio de Trento; quitaba á Bernet el gobierno de Boloña; prometía poner en venta los bienes pertenecientes á los herejes, mantener los regimientos de Saint-Paul y de Sacremore, dos capitanes de la Liga, y las guarniciones de Toul, Verdún, Marsal y Metz; y conservaba, en sus cargos á los elegidos por la Revolución, es decir, al preboste de los mercaderes, á los concejales y á los capitanes de la milicia.

La Liga se figuraba haberse hecho suyo nuevamente al rey, y para darle las gracias fueron á Chartres los miembros de la municipalidad y los ligüeros notables; pero el monarca los despidió con buenas palabras. También acudieron allí el duque de Guisa y el cardenal de Borbón, siendo muy bien acogidos. Enrique III parecía resignado con su derrota: sus letras patentes, fechadas en 4 de agosto, confirieron al duque de Guisa una autoridad superior sobre todos los ejércitos, con el título de lugarteniente general; y el cardenal de Borbón, en calidad de presunto heredero, obtuvo la merced de poder nombrar un maestro de cada oficio en todas las ciudades del reino, y sus funcionarios disfrutaron de los mismos privilegios é inmunidades que los del rey. Al cardenal de Guisa se le prometió la legación de Avignón; á D'Epinac los sellos, y al duque de Nemours el gobierno del Lyonnais.

Enrique hacía traición á sus mismos antiguos favoritos. El duque de Eperón, en desgracia y perseguido por los libelos infamantes de la Liga, se había retirado á Angulema, capital de su gobierno; una orden equívoca, expedida por la corte, que prohibía la entrada en la ciudad á las gentes de guerra, fué interpretada por el

alcalde Normand, furioso ligüero, como una invitación á apoderarse de él vivo ó muerto, y al frente de algunos hombres resueltos penetró en el castillo sigilosamente y se dirigió pistola en mano al gabinete en donde se encontraba el duque. Los primeros criados que vieron á aquel grupo armado le cerraron el paso y con su desesperada resistencia dieron á su amo tiempo para armarse y atrincherarse y para llamar á sus amigos en su ayuda; gracias á esto, D'Eperón pudo, á su vez, tomar la ofensiva y acorraló al alcalde y á sus compañeros en una torre en donde los tuvo bloqueados. En el entretanto, los ligüeros de la ciudad acudían en auxilio de los suyos, y el duque estuvo dos días sitiado, sin beber ni comer, acribillado de arcabuzazos por todos lados, y obligado á atrancar todas las puertas, á precaverse contra los petardos y á defenderse contra los asaltos, hasta que al fin llegaron socorros de Saintes que le libertaron (10-11 de agosto). El alcalde Normand, cabeza de motín, había muerto á consecuencia de sus heridas. Entre la ciudad y su gobernador firmóse una capitulación «todos cuyos artículos eran sólo de olvido,» habiéndose mostrado el duque tan conciliador porque creía que el rey era cómplice y aliado de la Liga.

CAPITULO VIII

EL DESQUITE DEL REY (1)

I. Los segundos Estados generales de Blois. — II. Asesinato de los Guisa. — III. Clausura de los Estados

I.—Los segundos Estados generales de Blois

Enrique III preparaba su desquite. Desconfiaba de su madre que quería reconciliarle con los vencedores de las barricadas, y no perdonaba á sus ministros que le hubiesen predicado la sumisión.

La *Armada Invencible* enviada por Felipe II contra Inglaterra y destruída por la tempestad y los combates (julio-agosto), huía hacia el Norte para dar la vuelta á Escocia y regresar á España, después de haber perdido 65 buques, de los que algunos de los más grandes quedaban desfondados en las costas de Francia, y 14.000 soldados ó marinos. Aquel desastre hubo de animar á Enrique III, quien de pronto, en el mes de septiembre, escribió á Villeroy, que se hallaba ausente, dicién-

(1) FUENTES: (Lalourcé y Duval), *Recueil de pièces originales et authentiques concernant la tenue des Etats généraux. Pièces justificatives*, IV y V, Barrois, 1789. Los mismos, *Recueil des cahiers des trois ordres aux Etats généraux*, III, Barrois, 1789. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, introducción. *Mémoires de la Ligue*, 1758, III. *Mémoires d'Etat de Villeroy*, 1665, I. *Mémoires de Cheverny*, M. y P., X. *Archives curieuses*, XII. *Documents historiques sur l'assassinat des ducs et cardinal de Guise*, «Revue retrospective» (de Taschereau), III y IV, 1834. De Thou, X. D'Aubigné, VI. Pedro Matthieu, *Histoire des derniers troubles*, 1597.

OBRA DE CONSULTA: G. Picot, *Histoire des Etats généraux*, segunda ed., III y IV. Barón de Hübnér, *Sixte-Quint*, 1870, II. L'Epinois, *La Ligue et les papes*, 1886. Bouillé, *Histoire des Guise*, III. Fornerón, *Les ducs de Guise*, II. Italo Raulich, *Storia di Carlo Emanuele I Duca di Savoia*, I, 1896. Felice Chiapusso, *Carlo Emanuele I e la sua impresa sul marchesato di Saluzzo. Lettere del nunzio di Savoia*, en *Carlo Emanuele I Duca di Savoia*, Turín, 1891. Robiquet, *Paris et la Ligue*, 1886.

dole que no volviese, y expulsó de palacio al canciller Cheverny, al superintendente Bellievre y á los secretarios de Estado Brulart y Pinart. Esta revolución ministerial sorprendió á todo el mundo: ni el embajador de España, ni el duque de Guisa, que por propio interés debían ser perspicaces, acertaron á explicarse los motivos de la misma; en cambio el canciller de Cheverny no se engañó y comprendió que el rey los alejaba de su lado porque eran hechuras de su madre. Todos fueron reemplazados por hombres sin compromisos políticos y sin pasado, que ejecutarían, sin discutir, las órdenes de su soberano: un simple abogado del Parlamento, bien que uno de los más probos y notables, Montholón, fué nombrado guardasellos; y dos antiguos empleados desempeñaron las funciones de secretarios de Estado.

Secundado de esta suerte, esperó los Estados generales cuya reunión hacían precisa sus adversarios y las necesidades financieras. Las elecciones efectuadas bajo la impresión de la victoria de París habían dado una mayoría enorme al partido de la Liga; y la elección de los presidentes de los tres órdenes fué un hecho significativo, puesto que resultaron designados: por el Clero, el cardenal de Borbón y el cardenal de Guisa; por la Nobleza, Brissac, el héroe de las barricadas; y por el Tercer Estado, La Chapelle-Marteau, uno de los miembros más antiguos del Consejo de la Liga y que acababa de ser nombrado preboste de los mercaderes en la tumultuosa asamblea del 18 de mayo.

Los diputados volvían á Blois más envalentonados que en 1576 (1). El Tercer Estado, que en los primeros Estados de Blois había ido á remolque de los órdenes privilegiados, tomaba, con auxilio del Clero, la dirección del movimiento, y su orador, el abogado Esteban Bernad, diputado por Dijón, representó uno de los primeros papeles en la asamblea. Aquellos hombres que habían esperado, sin resultado alguno, las reformas prometidas y siempre aplazadas, mostrábase desconfiados; el desorden de la hacienda no había cesado, y nuevos favoritos, no menos ávidos, habían sucedido á los antiguos; pero lo que agriaba sobre todo los ánimos era la cuestión religiosa, pues el rey había prometido más de una vez hacer sucumbir á los herejes, sin que cumpliera ninguna de sus promesas. Había entonces como un recrudescimiento de piedad, como una necesidad de fortalecer la religión nacional. La procesión solemne que se celebró el día 20 de septiembre era tradicional en las asambleas; pero los tres órdenes, no contentos con esto, asistieron, en 9 de octubre, á un oficio para impetrar las bendiciones del cielo sobre los trabajos de los Estados, habiéndose cantado el *Veni Creator Spiritus* y habiéndose acercado todos los diputados á la Sagrada Mesa. Delante del altar había un gran banco «en el que se presentaban juntos cinco miembros del Clero, cinco de la Nobleza y cinco del Tercer Estado,» como para demostrar que ante Dios desaparecían las diferencias sociales; y durante la comunión, los asistentes entonaban los himnos consagrados: *O salutaris hostia, Pange lingua, Ave verum corpus natum*. La emoción fué grande y la ceremonia

(1) En estos segundos Estados de Blois, el Clero había sido elegido, como los demás órdenes, por baillios y senescalías.

resultó tan hermosa, que el Clero propuso que todos los domingos se celebrase una misa análoga. Nunca hubo entre la Burguesía, la Nobleza y el Clero tan buena armonía como entonces.

Pero esta unión tan ventajosa al duque de Guisa había de perjudicar naturalmente á Enrique III, considerado como defensor muy poco celoso y hasta como adversario embozado de la ortodoxia.

El rey no vaciló en emprender la lucha y tuvo entonces una corta crisis de osadía y de voluntad, aprovechando la ocasión de la sesión regia de apertura (16 de octubre) para hablar claramente: «Uníos, dijo á los diputados, á mi humildísima petición que le (á Dios) hago... para que os substraiga á todas las pasiones particulares, si algunos las tuviesen, y para que, rechazando todo otro partido que no sea el de vuestro rey, sólo tengáis que abrazar el honor de Dios, la dignidad y autoridad de vuestro príncipe...» ¿Qué habían de hacer los Estados generales sino «reforzar la legítima autoridad del soberano más bien que quebrantarla ó disminuirla, como quisieran hacer creer algunos mal aconsejados ó llenos de mala voluntad que disfrazan la verdad?» «Yo soy el único rey vuestro puesto por Dios y soy el único que puedo decirlo verdadera y legítimamente; y por esto no quiero ser en esta monarquía más que lo que soy, pues no cabe tampoco desear mayor honor ni mayor autoridad.» Atreviase á decir á los jefes de la Liga que comprometían la causa á la que pretendían servir: «Sin esta división de los católicos, que es una increíble ventaja para el partido de los herejes,» habría él ido á luchar en Poitou en donde su buena suerte le habría favorecido como en otras partes.

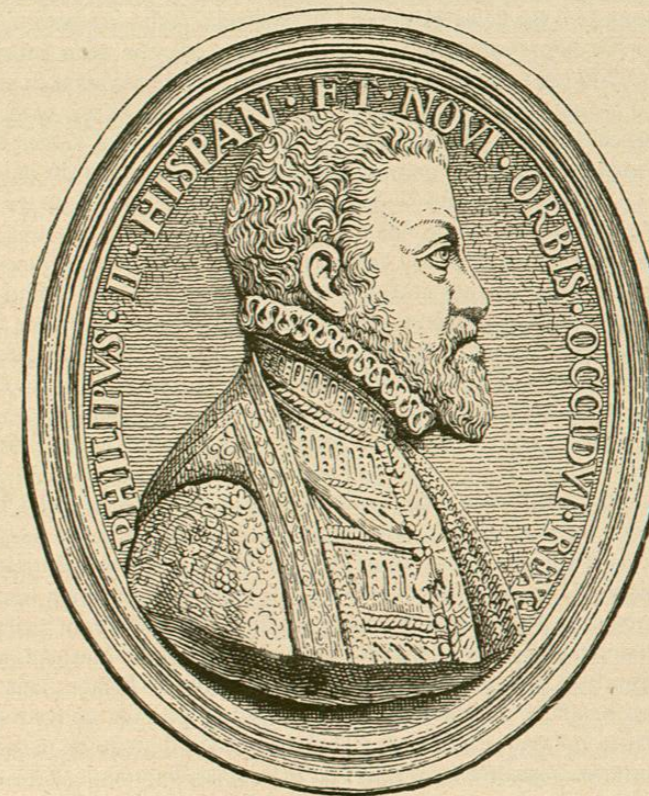
Declaraba que, en lo sucesivo, no consentiría liga alguna en su reino: «Por virtud de mi santo edicto de Unión, no deben tolerarse más ligas que las que estén bajo mi autoridad y aunque (esta prohibición) no estuviese claramente formulada, ni Dios ni el deber lo permiten y son á ello formalmente contrarias, porque toda clase de ligas, asociaciones, prácticas, intrigas, inteligencias, requisas de hombres y de dinero y recepción de éste, tanto en el reino como fuera de él, son actos de rey y en toda monarquía bien ordenada constituyen, realizados sin permiso del soberano, crímenes de lesa majestad.» Y por si estas alusiones no eran bastante claras, añadía: «Algunos magnates de mi reino han formado ligas y asociaciones; pero, dando testimonio de mi bondad acostumbrada, pongo bajo mi pie, en lo que á esto respecta, todo el pasado; sin embargo, como estoy obligado, lo mismo que vosotros, á conservar la dignidad real, desde ahora y para lo porvenir declaro culpables y convictos del crimen de lesa majestad á aquellos de mis súbditos que de ellas no se aparten ó en ellas ingresen sin mi consentimiento.»

Los jefes de la Liga salieron de la sesión enfurecidos, y el cardenal de Borbón obligó al rey á suprimir en su discurso impreso la frase más agresiva, la que decía: «Algunos magnates de mi reino han formado ligas y asociaciones;» y esta fué la primera de las humillaciones que hubo de sufrir Enrique III.

Desde la apertura de los Estados, el Clero y el Tercer Estado se habían puesto de acuerdo para invitar al monarca á que jurara nuevamente el Edicto de Unión y declarara su resolución de no tolerar más que una

sola religión en su reino; á ello respondió el rey que este segundo juramento no era necesario, que con ello parecía ponerse en duda su sinceridad, que esta duda era ofensiva y que, por consiguiente, se negaba á formularlo. Los dos órdenes insistieron; el orador del Tercer Estado, Bernard, le hizo observar que si bien sus repugnancias obedecían á justas causas, después de la publicidad dada á la petición de los órdenes, su negativa sería interpretada por los hugonotes como un primer abandono del Edicto de Unión y como un estímulo á la sedición; á lo que replicó Enrique «que á él nada le

tonces el arzobispo de Bourges hizo observar que el martes sería un buen día por ser la fiesta de San Lucas evangelista «y porque Su Majestad no podía anunciar mejor evangelio.» Enrique III se mostró conforme y el 18 de octubre se presentó ante los representantes de los órdenes reunidos. Después de haber hecho leer el Edicto de Unión dijo: «Juraré, como juro delante de Dios en buena y sana conciencia, la observancia de este mi edicto, mientras Dios me dé vida en este mundo...» Y volviéndose á los diputados, añadió: «Juréis ahora la observancia de este mi edicto de unión, todos á una



Felipe II de España. Medallón de plata existente en el Real Monetario de Berlín

importaba lo que se dijese, ya que respecto de esto su conciencia estaba tranquila.» Los diputados, sin embargo, no se dieron por vencidos y aunque el día 14 de octubre el monarca aun se resistía, el 15 cedía y, para disimular su derrota, pretextaba una mala inteligencia, diciendo que había creído que sus súbditos le pedían que jurase el Edicto en la solemne sesión de apertura, pero que puesto que se trataba de otra fecha, accedía de buen grado á su deseo (1).

Los Estados querían comprometerle para siempre, pues si bien el Edicto era revocable por la voluntad del monarca, parecía que si éste lo juraba por la nación y por él ante los Estados generales, se convertía hasta cierto punto en ley fundamental. Los órdenes, apenas hubieron obtenido el consentimiento de Enrique III, le enviaron una comisión para darle las gracias y preguntarle qué fecha quería señalar para la ceremonia del juramento, «con tal que fuese para la próxima semana.» El rey contestó que todos los días le eran iguales y en-

(1) *Journal d'Etienne Bernard, «Recueil de pièces,»* V, página 70.

voz, los eclesiásticos poniéndose la mano en el pecho y todos los demás levantando las manos hacia el cielo.»

En la asamblea se produjo un movimiento de entusiasmo y todos los diputados prorrumpieron en gritos de «¡Viva el rey!» Los tres órdenes acompañaron á Enrique III á la iglesia de San Salvador en donde se cantó un *Tedeum*, terminado el cual el monarca regresó á su palacio entre las aclamaciones de la multitud. Emocionado por estas ovaciones á que hacía tanto tiempo no estaba acostumbrado y contagiado por la general alegría, Enrique III parecía olvidar sus rencores y sus odios, hasta el punto de que cuando La Chapelle-Marteau fué á darle las gracias en nombre de París, le declaró que perdonaba todo lo sucedido el día de las barricadas. Pero aquella satisfacción duró poco, y no podía menos de ser así dados los muchos motivos de desacuerdo que existían entre el rey y los Estados.

El monarca culpaba al jefe de la Liga de haber sido causa de una humillación que le había mortificado extraordinariamente. El duque de Saboya, Carlos Manuel, uno de los príncipes más inquietos, hábiles y ambiciosos, aprovechó de las turbulencias del reino para in-

vadir el marquesado de Saluces, agresión tanto más injusta cuanto que Enrique III, á su advenimiento al trono, había regalado á la casa de Saboya una buena parte de sus posesiones de allende los montes. El rey, al recibir esta noticia, se encolerizó de tal manera, que tuvo escrípulos de comulgar al día siguiente (7 de octubre).

Por un momento pudo esperarse que los Estados propondrían que se entablaran negociaciones con los hugonotes y se declarase la guerra al invasor. Los nobles ofrecían su vida para vengar tamaño insulto; pero el embajador de España supo engañar al preboste de los mercaderes y el Clero recordó á los fieles el deber en que estaban de emprender la guerra santa.

El rey no podía creer que el duque de Saboya se hubiese atrevido á atacar á Francia si no hubiese contado previamente con la complicidad de la Liga; pero en esto se equivocaba, pues Guisa había rechazado las proposiciones de Carlos Manuel y en una carta á Sixto V declaraba que «por derecho de nacimiento, por la fidelidad de sus progenitores y por la suya particular y por los beneficios de los reyes sus soberanos y por amor á su patria» se reconocía «muy obligado á la defensa de su príncipe y de la corona,» y que «por todos los respetos del mundo no querría faltar á ello.» Enrique III, sin embargo, estaba convencido de lo contrario, y quizás fué entonces cuando comenzó á fijarse en su mente la idea del asesinato.

El monarca hacía responsable al duque de todas las afrentas que sufría. Los Estados querían declarar al rey de Navarra, como hereje y relapso, destituido de todo derecho á la corona, y Enrique III, aunque afirmaba que se preocupaba grandemente de no dejar su sucesión á un hugonote, entendía que antes de condenar al rey de Navarra convenía exhortarle por última vez á volver al catolicismo. Los tres Estados no quisieron hacer nada en este sentido y en su nombre manifestó el arzobispo de Embrun que estaban resueltos á no solicitar nuevamente al rey de Navarra, que éste era un miembro podrido y que no podían, sin hacerse reos de un crimen, entrar en relaciones con él. «Pues bien, exclamó el rey, si teméis la excomunión, en la corte está el legado del papa para absolveros y eximiros.» Los fanáticos se mostraban más católicos que el mismo papa. El conde de Soissons, primo del rey de Navarra y católico, había combatido en Coutras al lado de los protestantes, y había luego regresado á la corte en donde el rey no le dispensó mala acogida; mas como había estado junto á un hereje, fué preciso pedir á Roma una absolución que el papa concedió sin dificultad. Esto no obstante, cuando fueron presentadas al Parlamento de París las letras patentes del monarca relativas á la rehabilitación del conde, los ligueros invadieron la sala del tribunal é impidieron que aquéllas fuesen registradas. ¿Cómo no había de ver Enrique III en este ultraje inferido á su justicia la mano de los Guisa interesados en proscribir á todos los Borbones, fuesen católicos ó protestantes?

El monarca veía cada vez más claramente que los diputados querían someterlo á su tutela. El fracaso de los últimos Estados generales habíales servido de lección: en 1576, los tres órdenes no habían podido ponerse de acuerdo acerca de la extensión de sus derechos,

pues mientras el Clero y la Nobleza entendían que la voluntad unánime de los tres órdenes había de ser soberana, el Tercer Estado se había negado á asociarse á esta pretensión; y gracias á este disenso el rey había quedado, como antes, en libertad de apreciar á su antojo las «quejas» y de tenerlas en cuenta en la medida que mejor le pareciera. Los diputados de 1588 querían que las resoluciones adoptadas de común acuerdo por la Nobleza, el Clero y el Tercer Estado tuviesen fuerza de ley, lo que equivalía á modificar el carácter y la constitución de la monarquía. En materia de impuestos manifestábanse intransigentes, y persuadidos de que la hacienda podía reconstituirse sólo con introducir economías, negaron todo subsidio á Enrique III, sin dejar por esto de reclamar la continuación de la guerra contra los herejes. El rey, para procurarse dinero, halagó á los miembros del Tercer Estado y delante de ellos se acusó públicamente de haber administrado mal la hacienda y protestó de que en lo sucesivo cuidaría escrupulosamente de sus asuntos y gobernaría su casa severamente. Las explicaciones á que descendía comprometían un tanto la majestad real: «Quería organizar su casa y ponerla sobre un pie modesto; si tenía demasiado con dos capones, no querría más que uno, y lamentaba en extremo el modo como había vivido en el pasado.» Pero los Estados, lejos de dejarse enternecer, exigían que redujese los pechos «á la tasa en que estaban en 1576;» y La Chapelle-Marteau, encargado de transmitirle las decisiones del Tercer Estado, se aventuraba á decirle que si sus peticiones eran rechazadas, se volverían á sus casas. Enrique III sufrió la humillación de tener que recurrir á los Guisa. El duque reunió en su domicilio á los principales miembros de la oposición, La Chapelle-Marteau, presidente, y Bernard, orador del Tercer Estado; mas todo fué inútil y el de Guisa pudo aquel día convencerse de que no tenía la representación de todo su partido. La miseria en todas las provincias era grande, y los tres órdenes se obstinaron en reclamar la reducción de las tallas, pidiendo al mismo tiempo la creación de una Sala de justicia para juzgar á los arrendatarios de impuestos, á los asentistas y á los individuos del Consejo sospechosos de malversaciones.

El rey cedió en apariencia y la escena que con este motivo se desarrolló fué verdaderamente cómica. Enrique III llamó á los diputados del Tercer Estado, habló de su amor al pueblo y acabó por decir: «Accedo á todas vuestras peticiones;» entonces todos, sin dejarle acabar, gritaron «¡Viva el rey!» y cuando las aclamaciones cesaron, el monarca añadió: «Pero á condición de que hagáis fondos y facilitéis los medios asegurados para el estado de mi casa y fondo de la guerra.» El Tercer Estado, satisfecho de su victoria, votó 120.000 escudos; mas cuando se trató de saber adónde había que imputarlos, reprodujéronse las dificultades. Enrique III volvía á la carga con más insistencia y blandura que nunca, y sus discursos eran los del pródigo que, agotados sus recursos, promete á los demás y se promete á sí mismo empezar una vida mejor. «Constituido el fondo de la guerra, dice Bernard, quería que los dineros fuesen distribuidos por nuestras manos (las manos de los diputados)... y nos juraba y prometía que después de esto no impondría nada sobre su pueblo y

afirmaba que antes que faltar á esto preferiría perderlo todo; y repitiendo su primer juramento dijo: Que Dios me hunda y me condene si á ello falto. Tengo recomendada mi salvación, estad ciertos de ello. Bien es verdad que algunos de mi consejo no son de este parecer y dicen que esto sería imitar al duque de Venecia y dar á mi Estado un carácter semidemocrático; pero lo haré (1).»

II.—Asesinato de los Guisa

Á los sufrimientos que padecía su orgullo uníase, para hacerlos más agudos, la impresión que la estación producía en la naturaleza del rey. Cuando llegaba el invierno con sus fríos y sus nieblas, la tristeza del cielo y de la tierra se apoderaba de aquel ser sensible, y aumentaba su melancolía, interrumpida por crisis de lágrimas ó de furor. El canciller Cheverny declaraba al historiador De Thou que tales momentos eran temibles para las personas que rodeaban al monarca: en aquel estado de hiperestesia, las más ligeras picadas producían llaga y las inquietudes y los temores le volvían loco. Habría sido preciso tratarle con muchos miramientos y todo el mundo le hacía la contra, ligueros y diputados; un principillo como el duque de Saboya invadía sus posesiones, y los Estados le imponían la guerra y le negaban los medios de hacerla. Llegábanle avisos de que se atentaba contra su libertad y se le decía que un confidente del duque de Guisa había dejado escapar la confesión de que su señor quería llevar al rey á París. Enrique III tal vez temió sufrir la misma suerte que Childerico, es decir, la internación en un monasterio y las tijeras con que madama de Montpensier esperaba cortarle otra corona en la espesura de los cabellos. Una conversación que tuvo con el duque de Guisa puso el colmo á sus zozobras (22 de diciembre): el duque se lamentó de haber hecho todos los esfuerzos posibles para conquistarse su confianza, sin otro resultado que ver siempre mal interpretadas sus más puras intenciones, y como esta situación le era insostenible, mostróse resuelto á ceder el puesto á sus enemigos y á resignar sus funciones de lugarteniente general. La entrevista duró dos horas, y á pesar de las súplicas del rey, el de Guisa persistió en su determinación; y cuando Enrique III se alejó, siguióle todavía para manifestarle que abandonaba su cargo.

La insolencia de aquella dimisión impresionó al monarca tanto como si se hubiese tratado de una amenaza; y creyendo que el duque abandonaba la dignidad de lugarteniente general para solicitar otra más alta, la de condestable, resolvió deshacerse de él.

Enrique III había anunciado que el viernes, 23 de noviembre, iría á La Noue, casa situada en las inmediaciones de Blois, y que por la mañana muy temprano, antes de su salida, celebraría Consejo. Pretextando algunos preparativos para el viaje, pidió las llaves del castillo á Guisa, que las guardaba en su calidad de gran maestro, y de esta suerte pudo adoptar con entera libertad sus disposiciones. Habitaba el rey el segundo piso, en el ala construída por Francisco I, y cuando se subía á sus habitaciones por la maravillosa escalera ex-

terior, llegábase á una antecámara que servía de comedor y de sala del Consejo; en el fondo de ésta abríase una puerta que daba al dormitorio del monarca, en el extremo del cual había un despacho á cada lado, á la derecha el nuevo y á la izquierda el viejo. Los consejeros llegaron temprano y la mayor parte conocían las intenciones del rey y opinaban que siendo imposible procesar á un súbdito tan poderoso como el duque de Guisa, era preciso emplear contra él medios seguros. Enrique III había escogido como ejecutores de su justicia á los Cuarenta y cinco, hostiles á la Liga que los trataba de matones y hablaba de licenciarlos, y después de haberlos armado de puñales, instaló en su dormitorio á ocho de ellos con Loignac, y apostó á los demás en el despacho viejo y en el corredor que conducía desde las habitaciones del rey al exterior, es decir, á la galería de los Ciervos. El monarca, con d'Ornano y los dos D'Entrages, se retiró al despacho nuevo en donde esperó los acontecimientos.

Flotaba en la atmósfera la idea de una próxima catástrofe: el nuncio aconsejaba á Guisa que se alejara de Blois; su madre, la duquesa de Nemours, le suplicaba que se marchase; y la misma Catalina de Médicis le advirtió, según parece, del peligro que le amenazaba. Pero el duque confiaba en su suerte y quería probarla hasta el fin; ó acaso tenía prisa por acabar de una vez y ser el amo ó no ser nada; por esto sin duda decía el arzobispo de Lyon que si la muerte entraba por la puerta, él no saldría por la ventana. El 22, por la noche, había recibido un nuevo aviso, pero no hizo caso y exclamó: «No se atrevería;» á las siete de la mañana, fueron á decirle que la sesión del Consejo había comenzado. Enrique III, desde el despacho nuevo, acechaba la llegada del duque y del cardenal de Guisa; su agitación era grande y no podía estarse quieto, y por dos veces envió á uno de los Entrages para recomendar á maese Esteban Dourguín, su capellán, y á maese Claudio de Bulles, su limosnero, que rezaran por el buen éxito de una obra de la cual esperaba el sosiego de su reino. El duque se sorprendió al encontrar al pie de la escalera á Larchant y á los arqueros de la guardia, y ese capitán le explicó que aquellos pobres hombres habían presentado al Consejo una petición para que les pagaran sus soldadas y que se habían reunido para rogarle que intercediera en su favor. Así se lo prometió y subió la escalera que los arqueros ocuparon inmediatamente cerrando el paso por la misma.

Así que llegaron el cardenal de Guisa y el arzobispo de Lyon, el Consejo comenzó á deliberar. Examinábase un asunto de gabela cuando se presentó Revol, secretario de Estado, y dijo en voz baja al duque que Su Majestad le esperaba en el despacho viejo; el de Guisa se levantó, llamó á la puerta de la real cámara y un ujier le introdujo en la estancia y cerró la puerta. Allí encontró á los Cuarenta y cinco que le saludaron y le siguieron como en prueba de respeto, mientras se dirigía al despacho viejo. Sorprendido el duque por aquello, volvió la cara y entonces los asesinos se echaron sobre él y cogiéndole por los brazos y por las piernas le hirieron con sus puñales. El agredido, á quien estorbaba la capa y que no pudo sacar la espada, se defendió, no obstante, y luchó con furor, arrastrando tras de sí á sus agresores y yendo á caer muerto al pie del lecho del rey.

(1) *Journal de Bernard*, V, pág. 128.